deseo que tenía de seguir la divina, que le traía ya para premiar sus prolongados trabajos.

Porque habiéndose partido de sus amadas Misiones en que había empleado lo mejor de su vida, y habiéndose despedido de los muchos hijos que había engendrado en Cristo, y criado con la leche de su Doctrina por tiempo de 19 años, y despedídose también de los Padres de aquellas Misiones que lo amaban tiernamente por su muy amable condición, y por los ejemplos de virtud que les dejaba; se partió para México, adonde llegó, habiendo caminado 300 leguas, parando sólo tres días en este Colegio, y consolándose con sus Hermanos que hacía tantos años que no le veían, y visitando el Santuario célebre de la imagen de la Virgen Santísima de los Remedios, se partió para caminar las otras 300 leguas que le quedaban para llegar á su Colegio de Guatemala. Pero habiendo caminado la primera jornada y llegado á una venta que estaba en el camino, le sobrevino una gran calentura de repente y dolor de costado agudísimo, que le apretó de suerte que no pudo pasar adelante. Dióse aviso al Padre Rector de la Puebla que estaba á diez leguas de allí, de cómo se hallaba el P. Villalta. El Padre Rector despachó luego dos Religiosos de los nuestros para traerle á este Colegio; halláronle ya sangrado tres veces y muy fatigado del dolor. Dijo Misa uno de los Padres, administróle el Santísimo Sacramento, y luego le llevaron en hombros de Indios al Colegio. En llegando juzgaron los médicos el mal mortal, y le mandaron dar la Extremaunción, la cual recibió con mucho consuelo y devoción, respondiendo él al sacerdote que le ungía; sobreviniéronle luego algunas intercadencias, y diciéndole el Padre Rector que Nuestro Señor se lo quería llevar para sí y pagarle los loables trabajos que había pasado, él le respondió que por la bondad de Dios nada le daba pena, y que estaba muy conforme con su divina voluntad, y muy alegre de ir á verle, y que llevaba muy gran consuelo en que dejaba bautizadas por su mano 12,000 almas; y á la verdad á muchos más millares de ellas ayudó con sus sermones y Doctrina, porque fué continua y perseverante todo el tiempo que estuvo en las Misiones, y que en esta hora le pagaba Nuestro Señor muy de contado los pequeños servicios que á S. M. había hecho. Pidió le pusiesen un crucifijo delante y una imagen de la Virgen á quien encomendarse. Aquí clavaba los ojos con gran devoción, y finalmente, dando una boqueada y cayéndosele la cabeza, sin otra demostración, el séptimo día de su enfermedad le llevó Nuestro Señor para pagarle los santos trabajos que en servicio suyo y ayuda de las almas, había padecido por tiempo de 19 años continuos, y las muy religiosas obras y virtudes que en los 30 que estuvo en la Compañía ejercitó, y de que nos dejó esclarecidos ejemplos. Y tengo para mí, como quien conoció y vió el fervor apostólico con que este Misionero evangélico encaminó al cielo á tan gran número de almas, unas que eran gentiles, y convirtió á nuestra santa fe, otras ya cristianas, unas de párvulos bautizados, otras de adultos enfermos que acabados de bautizar se fueron al cielo, que cuando llegó allá el P. Cristóbal de Villalta, saldrían á tropas á recibirlo y agradecerle el inmenso beneficio que habían alcanzado por su medio. Pasó de esta vida á la eterna el año de 1623, teniendo la edad de 46, y casi los 30 de Compañía, y de ellos los 12 de profeso de cuatro votos. Está enterrado en nuestro Colegio del Espíritu Santo, de los Angeles.

CAPITULO XXVI.

Vida y virtudes del insigne predicador y ministro de Indios de la nación mexicana, P. Juan de Tovar, de la Compañía de Jesús. Año de 1626.

§ I

Su entrada en la Compañía y la eminencia de talento y elocuencia de lengua mexicana que Dios le comunicó.

De los primitivos hijos que Dios Nuestro Señor dió á nuestra Provincia de Nueva España, uno fué el P. Juan de Tovar, como lo escribimos en el Capítulo 18 del primer libro de esta historia. Porque cuando nuestros primeros Padres vinieron de España á fundar la Compañía en México, en ese tiempo el Padre era Racionero Prebendado de esta santa Iglesia y Secretario del Arzobispo, y después de su Cabildo, persona de quien por las buenas prendas y partes que en él reconocian todos, hacían mucha estimación á quien daban esperanzas de mayores promociones á que podía aspirar. Pero eso no obstante, con grande resolución, todas las renunció por asegurar (como él decía) en la Compañía su salvación. Pidió ser recibido en ella y lo consiguió, admitiéndole el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial de esta Provincia; y siendo ya sacerdote el P. Juan de Tovar, y el segundo Novicio que fué recibido en la Compañía, siete meses después que nuestros primeros Padres llegaron á México. De este singular beneficio hizo el Padre toda su vida grande estimación, diciendo y publicando que se lo había hecho Dios en premio del gusto, contento y alegría con que había formado y firmado como Secretario de Cabildo en Sede vacante, la licencia y facultad para ejercitar sus ministerios, nuestros primeros Padres, que llegaban de nuevo á este reino y Arzobispado. Y sucedió así, que desde su primera vista y llegada á México, le fueron muy agradables al P. Juan de Tovar los Religiosos de la Compañía de Jesús; pero en el breve tiempo que se ha dicho, fué creciendo ese su devoto afecto, de suerte, que pidió con grande instancia ser recibido en ella, y lo fué el año de 1564 para mucho servicio de Nuestro Señor, como en todo el discurso de su vida se vió. Entrando en su noviciado, procedía con tanta observancia religiosa y ejemplo de virtud, que los Superiores le hallaron en breve tiempo sazonado para emplearlo en los Ministerios de nuestra Compañía. Lo cual no suele hacerse, sino después de varias probaciones en la religión.

Y para escribir aquí las eminentes virtudes que por tiempo de 53 años que estuvo en la Compañía resplandecieron en este santo varón, comenzaremos por lo que por todo ese espacio de tiempo incesantemente ejercitó, esparciendo los rayos de su evangélica predicación y doctrina en la grande nación mexicana, con ardiente celo del aprovechamiento y salvación de estas almas, cuando podíamos decir que la nación aún era nueva en haber recibido nuestra santa fe. Al santo

celo que este Ministro tuvo del bien espiritual de esta gente, y para coger en ella abundantísimos frutos de su predicación, le ayudó mucho el eminente dón y talento de hablar con singular elegancia en el idioma y lenguaje de esta nación. Estilo singular de los mexicanos es el usar de diferente y realzado lenguaje, cuando hablan de materias graves y que piden reverencia, ó cuando hablan de personas ó con personas de autoridad, del que usan cuando hablan con personas ó de cosas ordinarias y vulgares. En la propiedad, pues, del elegantísimo lenguaje mexicano fué tan eminente el P. Juan de Tovar, que hacía raya entre todos los de su tiempo y le llamaban la elocuencia mexicana, y aun los mismos naturales y la flor de lo más noble de la nación que puebla la gran ciudad de México, se admiraban de oirle hablar y predicar en su lengua, principalmente para explicar y enseñarles los altísimos misterios de nuestra santa fe, que según su estilo piden ser declarados y enseñados con términos y palabras del lenguaje que llaman reverencial. Juntándose, pues, en este gran predicador su grande celo de la salud de las almas de los Indios con el maravilloso talento de hablarles en su lengua, fueron también admirables los frutos que cogió de su continua predicación de tantos años, porque en ella (como dijimos) se ejercitó desde su noviciado. Y aunque no le faltaban talento y letras al P. Juan de Tovar para predicar y ejercitar nuestros ministerios con Españoles, pero él por su humildad y aun parece que por inspiración del cielo, se aplicó todo á la ayuda de los Indios, en que Dios le tenía librados grandes frutos en los prójimos y de propios merecimientos. Fué tal el talento que Dios Nuestro Señor comunicó á este gran predicador de Indios mexicanos, que venían á oir sus sermones los Caciques principales, de pueblos dos y tres leguas distantes, traidos y como arrebatados de su mucho espíritu y elocuencia en el hablar, de que siempre quedaban admirados. Y en confirmación de esto sucedió, que habiendo venido á México á cierto pleito dos Caciques, de más de veinticuatro leguas distantes, y oyendo al Padre el primer sermón que predicó una Cuaresma, aunque ya habían concluido su negocio, determinaron quedarse hasta la Pascua, y finalmente, por no perder sermón alguno de tal predicador, fueron á traer sus mujeres y casas á México, dejando sus tierras y oficios por vivir donde pudiesen gozar de su doctrina.

Lo primero en que empleó á este grande Ministro la santa obediencia, fué en algunas Misiones á pueblos de Indios, y él fué la primera lengua que por buena suerte tuvo nuestro Provincial de Nueva España para ejercitar sus ministerios con los naturales, al cual después siguieron otros muchos operarios lenguas, que han trabajado gloriosamente en esta Provincia, y es así, que habiendo visto algunos varones prudentes el santo celo con que el P. Juan de Tovar se aplicó á ayudar á la salvación de los pobres Indios del Occidente, imitando á nuestro Padre San Francisco Javier en el Oriente, le llamaron el Javier de la Nueva España, á que se añadió una circunstancia en que después repararon y los confirmó en este pensamiento, ésta fué: que habiendo empleádose el P. Tovar no menos que 50 años, como queda dicho, en el ministerio y predicación de los Indios, aguardó Nuestro Señor á llevárselo y premiarle sus santos trabajos, la víspera del mismo San Francisco Javier, Apóstol de la India, y dispuso que se enterrase el día de su fiesta como quien en tanto le imitó.

§ II

Frutos que cogió de su predicación el P. Juan de Tovar, y el grande provecho que por medio de ella hizo en los Indios.

Los primeros años de religión fué morador de nuestro Colegio de Tepotzotlán, pueblo de Indios, cinco leguas distante de México, y él fué uno de los primeros que poblaron al principio ese Colegio; entabló é introdujo con su doctrina el uso de la sagrada comunión, que en estos principios aún no estaba introducida generalmente entre los Indios, desterró de este pueblo la borrachera, vicio antiguo de esta gente. Y hasta hoy se han ido conservando los de aqueste pueblo en aquella buena educación y enseñanza que tuvieron al principio; teniendo su ejemplar cristiandad muy buen nombre en toda esta Nueva España. Asentó en aquella Iglesia y en el Seminario de Indios de San Gregorio de México la música, en que ambas capillas han sido muy eminentes, quedando hasta hoy muy en su punto el celebrarse las fiestas y oficios divinos con tan grande solemnidad, que por gozarla solía algunas veces el señor Arzobispo D. Pedro Moya de Contreras y los señores Inquisidores de esta ciudad, irse al pueblo de Tepotzotlán las Pascuas y otras fiestas. Aquí entabló el P. Juan de Tovar cada día el catecismo de la doctrina y después de hacer una plática, la cual costumbre duró largo tiempo con grande aprovechamiento de los del pueblo, y con ser tan eminente lengua mexicana y con ella ayudar suficientemente aqueste pueblo, con todo por ser mucha parte de él de otomites y poderles aprovechar más, aprendió la lengua otomí, y en breve pudo confesarles; salía á algunos pueblos vecinos donde le pedían para que les predicase, y siempre volvía á casa con muy colmado fruto del que había hecho en las almas.

Sus sermones eran más de oración que estudiados por libros, y así era muy eficaz en mover al auditorio á lágrimas cuándo y como quería aunque fuese en días de Pascua, y á veces era la moción tanta que parecía Viernes Santo. Fueron innumerables los que por su medio mudaron sus vidas, que aun predicando en los tianguis ó mercados (donde cursó los sermones por muchos años) les solía decir, que aunque él era gran pecador, pero que confiaba en Dios que le había de dar el cielo por las oraciones de muchos Indios que se habían salvado por su medio. Entre estas mudanzas, fué muy notable la que hizo un Gobernador del pueblo de Tepotzotlán, que habiendo sido muy distraido en vicios y muy dado á la borrachera, se trocó tanto con la comunicación del Padre, y con sus persuaciones después fué notable ejemplo del pueblo y muy castigador de vicios, y por ambas cosas le amaba y estimaba mucho el P. Juan de la Plaza, que le trató siendo Provincial de la Provincia, y por su virtud le traía á comer á nuestro refectorio, y de la comunicación que con él tenía (que era muy frecuente) aprendió á tratar de oración, y gastaba en este santo ejercicio dos horas cada día.

Pasados los primeros años que el P. Juan de Tovar estuvo en Tepotzotlán, le mudaron los Superiores al Colegio de la gran ciudad de México, donde siempre estuvo lo más noble y lucido de la nación mexicana, y que es emporio donde concurren Indios de todo el Reino, y

aquí fué donde se empleó por tantos años, como habemos dicho, el grande celo y talento de este insigne predicador de Indios, porque aunque le envió la obediencia por un poco de tiempo al Colegio de la Puebla de los Angeles, donde tenía la misma ocupación con los muchos naturales que hay en aquella ciudad; pero fué tan grande la instancia que los Indios gobernadores de México hicieron por él sintiendo su falta, que se lo hubieron de devolver los Superiores. Aquí predicaba en nuestra Iglesia del Seminario de Indios de San Gregorio todos los domingos por la tarde, y esto por tiempo de más de 40 años; salía también á los tianguis ó mercados, donde es muy numeroso el concurso de los Naturales, á los cuales predicaba con tal espíritu y elocuencia, que salían diciendo: «este Padre sí que nos predica lo que habemos menester, y si así nos predicaran todos, fuéramos otros de los que somos.» Y es cierto que fueron innumerables los que por su medio y doctrina mudaron las vidas.

Y de los casos que en esta materia al Padre le sucedieron, pondremos aquí algunos ejemplos. Un indio era muy perdido y dado á la embriaguez, de manera que cuanto adquiría todo lo echaba en vino, quitando á su mujer é hijos y dándoles tan mala vida cuando vivía enajenado de sus sentidos, rindiéndose á este vicio con extremo; quísolo sacar Nuestro Señor de tan peligroso estado, y un día como al amanecer, estando pensando dónde iría á emborracharse y de dónde sacaría dinero para ello (que con este pensamiento se levantaba y con él se acostaba), quedóse como trasportado y vió en esta suspensión un mancebo que le llamaba y le decía ven acá, que yo te llevaré donde cumplas tus deseos y bebas cuanto quisieres; parecíale que le llevaba consigo este mancebo, y después de haber caminado buen espacio atravesando algunos collados y selvas, llegaron á unos baños oscuros llenos de una materia espesa y de abominable olor, que toda ella ardía en un fuego oscuro y renegrido como piedra azufre encendida (aunque él no se había declarado así), en este baño vió que estaba el príncipe de las tinieblas, Lucifer, como bañándose, administrándole las aguas ó lavatorios, muchos criados muy fieros que le servían, uno de los cuales le dijo: estos son los baños del rey de las tinieblas (que así le llamó en su lengua mexicana, vocablo antiguo con que en su gentilidad nombraban al demonio) y tomando un vaso de aquel licor, y habiendo dado de beber aquellas aguas ó fuegos á los demás ministros que allí asistían, le comenzó á brindar rogándole con instancia y casi forzándole á que bebiese lo que le daba en el vaso, porque aquella era la bebida ó tepache (que así llaman cierto género de vino fortísimo, que bebido los saca luego de juicio), el indio se atemorizó sobre manera y huía el rostro no sólo por no beber lo que le daban, pero aun por no olerlo, porque era tan insufrible y abominable el hedor que aun después de despierto le hacía dar muchas arcadas y le había revuelto el estómago, como si hubiera tomado alguna purga fortísima. Viendo el mancebo que le llevaba lo que huía y repugnaba, le dijo: «pues mira cómo vives, que los que se emborrachan como tú, aquí vienen á parar y esto beben después eternamente;» volvió en sí el pobre indio trasudando y tan lleno de pavor, que al punto se levantó, y viniendo á nuestro Colegio se subió al aposento del Padre y sin hablar palabra se arrojó á sus pies bañado en lágrimas y le contó lo referido, confesóse con muestras de gran dolor y una contrición entrañable, y

fué tal la enmienda, que aun su misma mujer preguntó un día al Padre «¿qué has dicho ó hecho con este hombre, que ya no es quien ser solía? Y el que antes era tan perdido ahora me avergüenza á mí con su vida para argüir la mía mala.» Y la india era muy buena cristiana, con que se echó bien de ver no fué sueño lo que pasó por este indio, sino misericordia del Señor para salvar esta alma, y aquel mancebo debía de ser su ángel de guarda, según lo sucedido y que los ángeles custodios ayudan y cooperan con tales predicadores y ministros de indios, y este caso causó admiración á los indios que se daban á este vicio.

No fué menos admirable otro caso que fué fruto de la predicación del P. Juan de Tovar, y es el siguiente: un Indio era muy perdido en materia de deshonestidad, porque siendo muy niño dió en desenfrenarse aun antes de saber que aquel era pecado, y después de sabido, se dejó arrastrar de su mala inclinación y natural corruptivo, tan sin reparar en nada que no perdía ocasión en que no ejecutase sus torpezas, llegóse un día á confesar y extrañó tanto el confesor en un mancebo tales abominaciones, aun antes de acabar de declararse, que llevado quizá de algún fervoroso celo, le reprendió de modo que el desventurado penitente no se atrevió á declararse más, y levantándose sin confesarse enteramente quedó tan atemorizado, que se determinó á no confesarse en su vida y como quien se daba por condenado, dió en entregarse más en sus antiguos vicios. Este vivía más de veinte leguas de la ciudad de México, y viniendo á ella oía un sermón en la plaza en el cual trató el P. Juan de Tovar de las misericordias grandes de Dios Nuestro Señor, y cómo Cristo Nuestro Señor había muerto por salvar pecadores, y juntamente cómo en admitirlos á la penitencia habían de mostrar los confesores entrañas de Jesucristo, no escandalizándose por gravísimos que fuesen los pecados. Oyendo estas palabras el indio, tocóle Nuestro Señor, y dijo: este Padre me ha de confesar, y si él no me oye yo soy perdido. Ocupóle de nuevo la vergüenza, y dilatando el remedio, cuando vino á buscar al confesor que él quería, no estaba el Padre en la ciudad y no quiso llamar á otro, y con esto se volvió á su tierra. Gastó en ella todo el año en algunas ásperas penitencias y haciendo tanta fuerza á su mala inclinación, que en todo él no le rindió el demonio; salíase á los campos llorando en ellos á voces, de modo que algunos que una vez ú otra le oyeron le tuvieron por loco; llamaba á Nuestro Señor con gran ternura, y decíale: Señor, si tanta es tu misericordia como aquel Padre decía, cómo me la niegas? Cómo quisiste que yo no le hallase cuando le busqué para confesarme? Parece que no soy hechura ni imagen tuya, sino del demonio, que esto me dice mi vida, y diciendo esto, se deshacía en lágrimas. Pasó el año, y llegando la Cuaresma, dijo entre sí: Yo quiero ir á México, veré si aquel Padre vive y predica, y si le veo, yo confío de salvarme. Vino, oyó dos ó tres sermones, en los cuales trató el P. Tovar de la abominación del pecado y del remedio de él por medio de la confesión. Y un día entre otros, acabando el sermón con lágrimas y sentimiento, les dijo: «Hijos, si hay alguno que tenga miedo de confesarse, venga á mí, que yo no me espanto, y si es menester aquí me sentaré luego á oirle y daré de buena gana mi vida por su salvación;» echó de ver el Padre entre los demás á este indio que estaba deshaciéndose en lágrimas y que procuraba como cubrirse el rostro de vergüenza, y otro día se le trajo Nuestro Señor á las manos. Porque vino,